

## Los fanáticos del ateísmo

Las ideas científicas y los teoremas filosóficos no están al alcance de las multitudes. Hay que tener la honestidad intelectual de formular estas verdades antipáticas; quien lo haga no encontrará electores para su candidatura, clientes para su profesión, admiradores para sus escritos, aplausos para sus discursos. La multitud atea es análoga a la multitud mística. Ambas creen, ambas ignoran; ni la una ni la otra saben. Lo esencial es saber, no creer. En la boca de un ignorante, igual valen la afirmación o la negación de Dios; el creyente y el incrédulo son dos sofisticados. Los unos dan la limosna de su dinero a los sacerdotes, los otros dan la limosna de su voto a los diputados anticlericales. Nada más.

No concebimos un fisiólogo que conozca las funciones del cerebro y sea espiritualista. No comprendemos a un naturalista embriólogo que niegue el transformismo y el evolucionismo biológico. No consideramos psicólogo científico al que admita el libre albedrío y niegue el determinismo. Una interpretación filosófica del universo, considerado como conjunto de materia que se manifiesta por fenómenos, conduce al axioma del orden natural uniforme y constante, fundado en principios experimentales ya indiscutidos, como la indestructibilidad de la materia y la conservación de la energía. Esas opiniones son lógicas en Luciani o Le Dantec, en Darwin o Haeckel, en Flechsig o Sergi, en

Spencer. En determinadas etapas de la cultura intelectual se llega a «saber» ciertas nociones. Pero los grandes filósofos, los señaladores de rumbos, los investigadores de laboratorio, no forman tropillas ni rebaños. En toda época han sido astros solitarios, verdaderos estelitas del pensamiento.

El problema, para las masas, consiste en «creer». A los intereses políticos o pecuniarios de las diversas sectas que pugnan por predominar en la sociedad podrá convenir que las multitudes creen una cosa antes que otra; pero objetivamente, como unidad psicológica y como valor social, un creyente vale otro. El sectario está enfermo de una idea fija y su exaltación es proporcional a su temperamento. Cuando se congrega, forma rebaños, cuya alma gregaria sigue a uno u otro pastor con igual ingenuidad. Hoy es negro, mañana rojo; hoy canta el Himno a María, mañana el Himno de los Trabajadores; hoy se adorna con escapularios, mañana con eglantinas. El hombre de pensamiento no cabe en ninguna parte: compadece al anticlerical lo mismo que al ultramontano. Y si pudiera adelantarse en los siglos, si pudiera vivir según su moral futura, a quien le preguntara si se debe estar con Dios o contra Dios, podría contestarle prescindiendo de la pregunta:

—El hombre libre debe estar consigo mismo y contra todos los rebaños.

JOSÉ INGENIEROS

De *Al Margen de la Ciencia*, pág. 379-88

---

---

# ALBUM RENOVACION

**COMPRE la colección de postales fotográficas**